

## Parte uno

— ¡Venga, venga! — cantó Marcos a su hermana menor. Él había estado esperando bajo el umbral de la habitación por unos cuantos minutos.

— Ay, serán las cuatro de la madrugada — respondió Ana con cansancio.

— Se nos hace tarde. No quieres que llamen a Papá de nuevo, ¿verdad?

— ¡Claro que no! Pero, la primera clase comienza a las siete — dijo Ana —. Déjame en paz. Estaré lista a las cinco.

Ana recordó. Papá trabajaba en un centro de llamadas en un pueblo pequeño en el estado de Arizona. Era algo secreto, por una organización gubernamental. Él no hablaba mucho de su trabajo, y a Ana no le importaba. Sólo hizo caso cuando Papá volvió a casa temprano un día durante la semana pasada, y él la castigó por haberse saltado las clases. Ana no quería saltarse las clases aquel día. Marcos había dicho que sus notas bajaron durante la semana pasada y ella quería ayudarlo. Estaba en el sexto grado, pero Marcos estaba en el octavo. Así que, mejor que él supiera cómo calcular la pendiente de una línea antes de asistir a la secundaria. Como los dos no sabían nada de las ecuaciones de las líneas rectas, decidieron ir a la biblioteca para usar los ordenadores; no tenían acceso al internet en casa. Y como no podían conducir, pasaron el día montando en bicicleta a la biblioteca que estaba diez millas al norte de su casa. Y se saltaron las clases.

El director llamó a su padre al final del día. Normalmente, Alejandro saldría del centro a las cinco de la noche. Al aprender que sus hijos no estaban en la escuela, se fue corriendo a casa en su carro y al ver que tampoco estaban en casa, llamó a su esposa, quien cocinaba en un café. María dejó de trabajar para el día y llegó a casa unos minutos después de Alejandro.

Cuando llegaron Marcos y Ana al patio frente de la casa a las cuatro de la tarde, vieron a sus padres y se dieron cuenta de que tendrían un castigo de limpiar la casa. Por lo menos, Marcos tuvo éxito el día siguiente, cuando tomó el examen de álgebra sobre las líneas rectas.

— Bueno, ¿Qué quieres? Estoy aquí — dijo de una manera franca Ana, bajando la escalera.

Marcos sonrió — . Ah, por fin. Vamos a tomar una aventura.

— ¿De qué hablas? Tenemos que ir a las clases. No seas loco.

— Eso es verdad. Pero quiero que veas algo que encontré anoche en el cañón, al lado del río.

— ¿Qué? No me tomes el pelo, Marcos.

Marcos no respondió, sino que agarró la mano de su hermana y la llevó al rincón donde dejaron las bicicletas, los cascos y las mochilas. Después, tomó la llave de su bolsillo para cerrar las puertas y los dos hermanos se fueron.

Al llegar al ferrocarril, la única parada donde había un lugar de estacionamiento para las bicicletas, Marcos habló: — Quítate todo lo que sea pesado y sígueme paso a paso.

Hacia sol y el cañón parecía gigantesco. Ana pararía de vez en cuando para ver el destino al pie de la montaña y recuperar el aliento. Al final de un laberinto de piedras que al parecer Marcos había memorizado, llegaron al río antes del amanecer. Marcos apuntó el dedo hacia la tierra.

— Según mis computaciones, está por acá, el tesoro — exclamó Marcos con mucho entusiasmo.

— Te has vuelto loco. Estamos entre dos montañas en las afueras con piedras y arena por todas partes — dijo Ana, sacudiendo la cabeza.

Ana sabía que su hermano no era ningún genio — había fallado unas clases y todavía no podía sumar números grandes sin la calculadora — pero tenía un don: la intuición de encontrar cosas.

— Llevo meses pensando en esto. Hay algo especial enterrado en esta tierra. El último cálculo que me faltaba era la pendiente de la línea entre la cima de la montaña y la mitad del río. Ya lo hice gracias a ti y a la biblioteca.

— ¿Cómo llegaste a pensar en todo eso? — preguntó Ana, confundida.

— Pues, vi un mapa en la clase de historia. De inmediato, lo reconocí. Era el mapa del cañón, el cañón en el que estamos. Según la historia, los conquistadores españoles enterraron algo bajo nuestros pies.

— ¿Cómo los piratas y su oro?

— Quizás. Aún así, algo no cabe. Los conquistadores perdieron el control de este lugar en el siglo XV y la leyenda dice que el líder puso acá lo que había robado de la gente indígena.

Ana no sabía qué decir. El sol estaba subiendo en el cielo y sería mejor regresar al ferrocarril para ir a la escuela. Pero, quería saber si había un tesoro de verdad. Entonces, dijo — Regresaremos después de las clases.

Los dos salieron a toda velocidad en sus bicicletas para llegar a la escuela a tiempo. Nadie les preguntó por qué tenían tanto sudor cubriendo sus rostros porque no había nadie en el pasillo. Ana y Marcos llegaron tarde a sus clases de computación e historia y se saltaron los primeros minutos, lo cual no mereció ninguna llamada a su Papá.

Ana se sentó enfrente de una computadora disponible, pero no abrió la plataforma de programación sino una página de búsqueda. Escribió <<tesoro en el cañón siglo XV nuevo México>> y hizo clic en la lupa. Nada apareció.

Ana salió a toda prisa de la escuela para unirse con Marcos, quien la estaba esperando en el estacionamiento de bicicletas. Colgado en su mano había un libro gigantesco.

— ¡Aquí está el mapa! — exclamó Marcos —. ¡Vámanos!

Cuando llegaron al cañón había unas personas con cascos anaranjados bajándose hacia el río. Se parecían a los albañiles, haciendo su trabajo diario. Pero, no había un pimiento de interés en esa pequeña región hacía varios años.

— Piratas — susurró Marcos, señalando con su brazo —. Nos habrán visto.

Ana y Marcos se escondieron bajo la sombra de la estación del tren para evitar los vistazos de los piratas. Ana miró el grueso libro de texto y Marcos lo abrió a la página ciento cincuenta y cinco. Por supuesto, había algún tipo de mapa antiguo impreso en la página.

— ¿Estás seguro de que el mapa pertenece a este lugar? — preguntó Ana, mirando las líneas negras zigzagueando por el espacio blanco.

— Ya lo llevé al museo y el director del museo me dijo que sí — contestó Marcos con confianza, y de repente, su rostro se volvió pálido—. ¡Ellos dirán a sus albañiles que encuentren el tesoro antes que nosotros! ¡Qué melón soy yo!

— Ratas. Es nuestro tesoro. Tenemos que encontrarlo primero. ¿Dónde empezamos? — habló Ana entre dientes, siguiendo a Marcos, quien estaba corriendo al lado de un montón de arenisca. Tal vez Marcos ya tenía un plan.

— Vale. ¿Tienes un disfraz? Necesito que les distraigas — dijo Marcos con una sonrisa misteriosa.

No había ningún remedio. Sólo Marcos podía leer el mapa y era muy fuerte, las habilidades útiles en cuanto a encontrar y arrancar algo. Ana tenía una chaqueta, la cual se puso en su cintura como una minifalda. Se quitó un calcetín e hizo un nudo en su cabello. Tirando el barro sobre su cara, ahora se pareció a una mujer pobre que se había perdido en un cañón. Fue mejor que una alumna haciendo travesuras con su hermano mayor.

Mientras que Ana caminaba hacia los albañiles, Marcos se quedó unos pasos atrás. ¿Qué diría ella cuando se chocaron?

— ¿Puedo ayudarle?

— ¿Qué tipo de mujer anda sola por esas partes?

— Nacho, tienes que ayudarla. Podemos seguir con la extracción del artefacto.

Hablaron tres hombres grandes, cada uno con un bolsillo de herramientas. Marcos no tenía nada.

Ana tartamudeó, fingiendo una voz seca — Em, necesi-sito agua. Paso d-dos días sin b-beber. ¿D-de qué artefacto hab-blan?

— ¿Bebe vino? — se rió uno de los hombres, levantando un frasco lleno de un líquido claro.

— N-no, perdón. S-si tuvieran la bond-dad, ¿me llevaría al pueblo cercano?

— Más tarde. Vea. Estamos aquí para arrancar un artefacto y esa es nuestra tarea. Nada más. Si nos ayuda, puedo llevarle al pueblo. Y si no quiere ayudar, mejor que comience a caminar hacia la estación del tren.

Ana miró a su alrededor. Vio a Marcos haciendo alguna hacha de piedra al lado del río y se puso de acuerdo. Trabajaría por esos hombres y después se uniría con su hermano.